

SINDICALES

Tras las elecciones, el sindicalismo deberá demostrar si puede renovar la CGT y recuperar su protagonismo

Los desafíos que afrontará el poder gremial desde el lunes son múltiples y cruciales: se juega su supervivencia, su presencia en el armado político de 2027 y la habilidad para tratar de que la reforma laboral no atente contra sus cimientos más tradicionales

Entre tantos dilemas que afronta el poder sindical, el día después de las elecciones tendrá un panorama plagado de desafíos cruciales, muchos de los cuales son interrogantes en los que se pondrá en juego su supervivencia. Javier Milei apuesta al menos a obtener una suerte de empate técnico cuando se sumen los votos en todo el mapa nacional, pero se sabe que la provincia de Buenos Aires será el emblema de la resurrección del peronismo. ¿Lo será también para los dirigentes sindicales? La mayoría puso sus fichas en Axel Kicillof, incluso aquellos que están encolumnados fielmente detrás de Cristina Kirchner. Pero a partir del lunes comenzarán las presiones del sindicalismo para fomar parte central del armado kicillofista para tratar de ganar en 2027. Eso implica aportar sus líderes a la mesa que decidirá la estrategia política, participar de la elaboración de las propuestas para un eventual gobierno peronista y recibir garantías de que no serán marginados, como hicieron Cristina Kirchner y Alberto Fernández en sus gobiernos. Aun así, el núcleo duro de la CGT buscará

cuidá
la energía

sumate al
consumo
eficiente

edenor

abrazar a Kicillof en su camino hacia la Casa Rosada, pero hay algunos dirigentes sindicales que tienen otros planes. Gerardo Martínez, por ejemplo, no es el único que tiene en mente un acuerdo con los gobernadores de Provincias Unidas, con Martín Llaryora o Maximiliano Pullaro como posibles candidatos presidenciales, porque imaginan que Milei dejará un país con muchos problemas y hará falta un gran pacto político para consensuar las soluciones. Mientras, la CGT mirará el veredicto de las urnas para terminar de definir la conducción que surgirá del congreso del 5 de noviembre: ¿será de una impronta más dura o más negociadora en función de cómo le vaya a Milei? No cambiarán mucho los nombres en danza (Cristian Jerónimo, Jorge Sola, Octavio Argüello y Maia Volcovinsky siguen siendo los principales candidatos al triunvirato), pero sí la forma en que se posicionarán frente al gobierno libertario. Habrá una CGT más activa, que sobreactuará en muchas ocasiones para sacarse de encima el mote de dialoguista, aunque hasta diciembre mantendrá su presencia en el Consejo de Mayo porque necesita que la reforma laboral que allí se discute sea lo más benévola posible para el poder sindical. Gerardo Martínez seguirá siendo el emblema del diálogo, pero deberá ser ayudado por el propio Gobierno con una actitud más abierta y dispuesta a negociar. Allí es donde entraría en escena Santiago Caputo: si al final es designado jefe de Gabinete, la CGT tiene señales de que la mera buena voluntad de Guillermo Francos se convertirá en medidas concretas para asegurar la paz sindical. El asesor estrella de Milei era uno de los mejores interlocutores del sindicalismo hasta que chocó con Karina

**Vacunate
contra la gripe**



Milei y su estrategia de confrontar hasta con una CGT que, dominada por el pragmatismo, estaba dispuesta a negociar lo innegociable con tal de asegurar su caja y su poder. Caputo también es un aliado de la CGT para taponar el acceso del PRO a la Secretaría de Trabajo, donde el eventual regreso de Jorge Triaca causa pánico en el sindicalismo. A la vez, la dirigencia cegetista, con Gerardo Martínez a la cabeza, opera de manera manifiesta para que se quede en su puesto Julio Cordero, un moderado que tendió sólidos lazos con los líderes sindicales y se convirtió en la contracara de un fundamentalista anti-gremios como Federico Sturzenegger. De todas formas, el otro desafío gigante de la CGT es cómo frenar a Milei si sale envalentonado de las elecciones y trata de instrumentar una reforma laboral parecida al DNU 70. No es lo que surge de las deliberaciones del Consejo de Mayo, donde la CGT acepta propuestas de “modernización laboral” siempre y cuando no atenten contra el modelo sindical y blinden las convenciones colectivas de trabajo como método de pactar entre gremialistas y empresarios. Es una apuesta realista para que el mileísmo no se tiente de reflotar en el Congreso el proyecto de Democratización Sindical del PRO y la UCR que el año pasado no tuvo dictamen de comisión y pasó al recinto por apenas un voto. Para asegurarse de que no habrá sorpresas, la CGT sueña con muchos más legisladores peronistas a partir del 10 de diciembre y un bloque sindical de unos 15 integrantes. Aun así, el lunes también arrancará extraoficialmente la carrera hacia 2027 y todo lo que suceda, como es obvio, estará teñido por esa meta. Tanto Milei como la CGT miran lo que viene con muchas más incógnitas que certezas.

